

Romancero
de
Don Pedro I de Castilla
(El Cruel)

I.

Del campo de Gibraltar
llevando urgentes noticias,
cubiertos llegan de polvo
dos ginetes á Sevilla
Calles y plazas corriendo
á galope, se encaminan
al palacio donde mora
la Reina D.^a Maria,
con el Infante D. Pedro
heredero de Castilla.
Al verlos correr las gentes
á uno de ellos conocian,
Capitán de los ginetes
del Concejo de Sevilla,
« Fernán Yáñez, - le gritaban -
¿ por qué correis con tal prisa? »

2
y él sin dar contestación
la espuela á su pié aplica,
y más calla y corre más
cuanto más fuerte le gritan.
Cuando al palacio llegaron,
arrojase de la silla
Fernán Gámez de effendorra,
dá al compañero la brida
de su corcel, y á la Reina
ver al punto solicita.

Don Alfonso de elburquerque
ante su cithara le quita,
que en rico sitio sentada
le aguarda ya prevenida.
De pie al Infante D. Pedro
á su diestra se veía:

mozo gallardo y fornido,
de estatura bien cumplida,
faz hermosa, blanco y rubio,
mirada noble y altiva.

Fernán Gámez se adelanta,
pone en tierra una rodilla
y por besarles las manos

la noble cabeza inclina.
«Alzaos, - dijo la Reina,
y sepamos que motiva
vuestra llegada ante nos
tan urgente, cual lo indican
el polvo de vuestro traje,
de vuestra faz la fatiga.»
Y él abriéndose « Senora,
- dijo con voz conmovida -
llegar quisiera ante vos
siendo nuncio de alegrías;
más Dios quiso que llegase
mensajero de desdichas,
para anunciaros el luto
que cubre a toda Castilla.
Don Alonso el Justiciero,
el terror de la morisma,
el vencedor del Salado,
que a Gibraltar combatía
herido por el contagio
ha pasado a mejor vida.»
Sus lágrimas, de la Reina
rodaron por las mejillas;

detúvose Fernán Gáñez
 que también llorar quería;
 Don Pedro palideció;
 y su palidez indica
 que lucha con el dolor
 pero que al dolor domina.
 Con voz firme y voz serena
 dijo así: « por vida mía
 dejadnos, madre, de llantos
 que vuestro valor humillan,
 tiempo de llorar tendréis
 si sois, Doña Elvira,
 mas ante gentes no es bien
 que os mostréis tan afligida,
 que sois viuda de un Rey,
 de otro madre, y de otro hija
 y debe la noble sangre
 para el dolor ser sufrida.
 Proseguid, el de Elvira
 si traeis otras noticias. »
 Obedeció Fernán Gáñez
 y así dijo: « en la hora misma
 en que murió Don Alfonso

(Dios en gloria lo reciba,
 los magnates y caudillos
 que en el real asistian
 proclamandolos por Rey
 el cerco abiar determinan,
 y seguidos de sus huertes
 en fúnebre comitiva,
 el féretro conduciendo,
 se dirijen á Sevilla,
 llorando por D. Alfonso
 y á D. Pedro dándo vivas.
 A daros tan triste nueva
 Don Juan de Lara me envia,
 y á preveniros, Señor,
 que hay quien traiciones medita:
 Doña Leonor de Guzmán
 se ha retirado á el Medina,
 Don Fadrique á su el Mastrazgo
 se dirijeta toda prisa,
 y el Conde de Frastamara
 vá marchando hácia Algeciras.)
 Brilló en los ojos del Rey
 un relámpago de ira

y exclamó: «mal mi reinado
 comienza por vida mía,
 más yo haré que esos traidores
 doblen la cerviz altiva
 e implorando perdón caigan
 ante su Rey de rodillas.
 Retiraos, el de effendoras.»
 Fernan Gáñez se retira,
 y quédanse platicando
 Don Pedro y Doña María
 con D. Alfonso el burguense
 que mucho con ellos priva.

II.

Ya Lope de Carrizares
 en Sevilla está de vuelta
 y hablando está en el Alcázar
 con Don Pedro y con la Reina
 de su estancia en Algeciras
 á uno y otra dando cuenta;
 ellos atentos escuchan,
 y él dice de esta manera:
 «vuestras órdenes cumpliendo

7
di trabajo á las espuelas,
por llegar pronto á la villa,
galopando á rienda suelta,
penetré desconocido,
indagué entre la noblera,
visité á los del Concejo,
y por calles y plazuelas,
escuché lo que decían
las gentes de baja esfera;
y supe que Don Enrique
á la nación agarena
mensajeros ha enviado,
y de esa maldita secta,
de gentes y de dinero
poderosa ayuda espera;
y él en tanto la traición
dentro de la plaza siembra,
por tener asegurada
al africano la puerta;
que todas las voluntades
fieles á su rey se muestran,
y que nobles y pecheros
á Don Enrique toleran

porque la villa no tiene
 para combatirle fuerzas;
 y esperando están con ansia
 que envíen Vuestras Altezas
 gente que ayuda les den
 para echar al Conde fuera.
 Ya el estado de la villa
 sabéis, y vuestra prudencia,
 para remediar el mal
 proveerá lo que convenga.
 Y si de un vasallo fiel
 un aviso se tolera,
 que no gasteis dilación
 mi lealtad os aconseja.
 Así dijo Camúarez
 a Don Pedro y a la Reina,
 y besándoles las manos
 salió de la estancia regia.
 Llamó el Rey al de Albuquerque,
 que mande ensillar le ordena
 dos caballos, y ambos parten
 hacia el puerto a la carrera.
 Allí, sin darse reposo

3/
9
aprestó quince galeras,
y equippándolas de gentes
de viveres las portrecha,
y á Algeiras las envia
navegando á toda vela,
y á "Gutierra de Toledo"
por su Capitán en ellas.

III.

Apenas en Algeiras
comienza á rayar el alba,
una tras otra en su puerto
quince galeras entraban,
sucos dejando de espumas
sobre las azules aguas.
Una galera son del Rey
un estandarte proclama,
que con armas de Castilla
ondea en la capitana.
Oronto por la villa cunde
la fama de su llegada
y atropellándose, al puerto
corre la gente á bandadas.

Las proas tocan la costa,
 caen las fémceas anclas,
 y los diestros marineros
 à tierra los cables larran,
 y el desembarco comienza
 de hombres, caballos, y armas.
 ¡ Viva el Rey Don Pedro! gritan
 los que de las naves saltan;
 ¡ viva Don Pedro primero!
 contestan los de la plaza,
 y en tanto que los caudillos
 que la bueste real mandan,
 sus caballos y peones
 ordenan sobre la playa,
 hacia la puerta de tierra
 oyese grande algaxara:
 armas que chocan, clarines
 que hacen militar llamada,
 y caballos que relinchan,
 y que corriendo resbalan,
 ¡ voces de mando, y vivas
 al Conde de Frastamara,
 que al saber que los del Rey

á tierra saltando estaban,
 ó por prudencia ó por miedo,
 de la plaza se alejaba.

IV.

Del Alcázar de Sevilla
 en una hijosa cuadro,
 cuatro personas están;
 tres escuchan y una habla;
 Habla Don Pedro primero;
 y los que escuchan y callan
 son: su madre, la Guzmán
 y el Conde de Frastamara.
 Porro el censo tiene el Rey,
 centellas sus ojos lanzan,
 su lengua tartamudea,
 sus dientes empuen de rabia;
 y así dice á Don Enrique:
 «muy mal bastardo me pagas;
 la traición te perdoné
 que en Algeciras tramabas,
 de tu madre y tus hermanos
 di al olvido las villanas

acciones, os otorgué
 mercedes, os di posada
 en mi palacio; y cual sierpe
 ponronosa, en las entrañas,
 mis bondades insultando,
 el duro aguijón me clavas;
 yo á Doña Juana e Manuel
 con ciega pasión amaba,
 con todo mi corazón,
 Conde, con toda mi alma,
 y hacerla mi esposa, y Reina
 de Castilla, meditaba;
 y tú lo supiste, y tú,
 ladrón de mi dicha, matas
 mi felicidad, mi amor,
 mi ilusión y mi esperanza,
 desposándote con ella
 dentro de mi propio Alcázar.
 Secreta tu boda fué;
 pero es pública la mancha
 que arrojas sobre tu Rey
 y tu hermano, á quien ultrajas.
 Cual deshace el sol la nieve

que corona las montañas,
 pudiera yo deshacer,
 con una sola palabra,
 esa unión que me deshonra,
 y que el pecho me desgarrá,
 pues rodara tu cabeza
 por el suelo, al pronunciarla;
 mas la sangre de mi padre
 no quiero ver derramada
 y te perdono, y te dejo
 me robes a Doña Juana.

Pero de mi corte al punto
 saldreis, y allá en tus montañas
 podreis vivir apartados,
 sin provocar mi venganza;
 y quiera el cielo que un día
 no llegue a costarme cara
 esta excesiva demencia
 que hoy, Don Enrique, te salva;
 que quien oí arrebatarme
 la mujer que yo adoraba,
 otra mas negra traición
 podrá meditar mañana. »

Y á Doña Leonor entonces
 dirijiendo la palabra
 exclamó: « vos quedaréis
 viviendo en mi misma casa,
 y pues al Conde ayudaron
 vuestros consejos y mañas
 en su traición, responsable
 seréis vos de toda falta
 que cometa en lo futuro.
 Y tú Don Enrique grava
 lo que ora tu Rey te dice
 en el fondo de tu alma:
 tu sangre por ser la mia
 libre de mi justa sana
 quedó; de la de tu madre
 ni una gota en mí se halla.»
 Calló el Rey; con una seña
 al Conde de Frastamara
 y á la Guzmán despidió,
 y ámbos salen de la estancia.
 Entró D. Juan de Albuquerque
 y yá en mas tranquila plática
 con D. Pedro y con la Reina

de asuntos de Estado trata.

V.

Contrado en el lecho yace,
 con una fiebre maligna,
 el Rey Don Pedro primero,
 entre la muerte y la vida.
 Su robusta juventud
 tenia en vivir se obstina,
 y horrible lucha mantiene
 con la dolencia homicida.
 ¿Quién vencerá? Solo Dios
 con su mirada infinita
 lo venidero penetra,
 solo él decirlo podría;
 que en lo futuro, los hombres
 tienen muy corta la vista.
 Los médicos más famosos;
 los de la nación judía,
 los árabes y cristianos,
 sus hierbas y medicinas,
 sus fórmulas y recetas,
 agotaron á porfía;

é impotentes, confesaron
 que salvarle no podían,
 quedando toda su ciencia
 por una fiebre venida,
 que tal es la ciencia humana
 falible siempre y merquina,
 ya asiente en cerebro moro,
 cristiano ó israelita.

Solo Dios puede salvar
 á Don Pedro; la divina
 Providencia en sus arcanos,
 la solución tendrá escrita
 de su vida ó de su muerte,
 y será lo que allí diga.

Los palaciegos en tanto
 en otra lucha se agitan.

Quién llevará la corona
 si muere cual imaginan?

Al Infante de Aragón
 dan muchos la primacía,
 por nieto de Don Fernando
 que fué cuarto de Castilla;
 á Don Juan Núñez de Lara

57/ 179
potente facción se inclina,
con Coronel, Carrilaso
y otros nobles de valía.

De Don Fernando La Cerda
es hijo, y en él radica
el derecho a la corona
que los Cerdas mantenían.

Otros la rama bastarda
al trono elevar meditan,
y ya que no en su derecho
en su poder se confían,

que en ocasiones la fuerza
logra más que la justicia,
y el Conde de Frastamara
entre los primeros brilla

por sus cuantiosas riquezas,
por su opulenta familia,
sus numerosos vasallos,
tierras, ciudades y villas
que en todo el Reino posee
de Asturias a Andalucía.

Don Alfonso de Alburquerque,
que a su ambición solo mira,

pretende el aragonés
 unir con Doña María,
 sobre el trono, pues con ella
 mucho, por paisano, priva.
 Fuertes son los tres partidos
 que á escalar el trono aspiran.
 Los tres cual voraces buitres
 las fuertes garras afilan,
 y del moribundo Rey,
 en torno del lecho giran,
 esperando que la muerte
 ponga fin á su agonía,
 para desgarrarse ciegos
 por la presa apretada.
 Pero solo Dios dispone
 de lo futuro, y regula
 sobre reinos y coronas
 sobre la muerte ó la vida;
 y quiso Dios que Don Pedro
 la raxon cobrase un día,
 y abriéndose de repente
 sobre el lecho de rodillas
 clamase lleno de fé

«Valédme Virgen Maria
de las Fiebre, que yo pongo
en vuestras manos mi vida.»
Volvió a caer sin sentido;
más la protección divina
en mostrarse no tardó,
que una franca mejoría
comenzó en aquel instante,
y libre a los pocos días
de la mortífera fiebre,
convaleció, y a Sevilla
dejó el milagro admirada,
y a la par desvanecidas
tantas locas ambiciones
y tantas torpes intrigas,
que buscar Rey procuraban
sin mirar que Rey tenían,
y que solo Dios dispone
del futuro, y determina
sobre reinos y coronas
sobre la muerte y la vida.

VI.

En Valladolid Don Pedro
 à Cortes ha convocado,
 y de Sevilla sabiendo
 vá hácia Castilla marchando,
 en su mente generosa,
 para bien de sus estados,
 mil proyectos discurriendo,
 que den gloria à su reinado.
 El Infante Don Henrique
 Gran Maestre de Santiago
 esperaba en Herena
 que es lugar de su Maestrazgo,
 con festejos recibíole
 colmándole de agasajos,
 y le hizo ricos presentes
 como à su Rey y su hermano.
 Luego que llegó à Valencia,
 sabíole Don Fello al paso,
 con igual sollicitud
 de besar al Rey la mano.
 Mucho à Don Pedro complace
 la actitud de los bastardos,

60/

de paz y prosperidad
para el suelo castellano,
en su noble corazón
esperanzas abrigando,
mas; ah! que nunca las dichas
mucho en el mundo duraron,
y menos para aquel Rey
que mil dias conto aciagos
por solo un dia felix;
cuando juzgó despejado
de nubes el horizonte,
desde Burgos le anunciaron,
que allí la traicion canida
negras nubes condensando,
y que de ellas podria herirle,
si no las dispersa el rayo.
Rayo fue entonces Don Pedro,
que de cólera temblando,
livido el rostro de ira
y los ojos inyectados
en sangre, que chispas lanzan,
al punto monta a caballo,
y espoleando a su potro

corre á Burgos sin descanso;
 que su altivo corazón
 para los humildes blando,
 es fiero para el rebelde
 que su enojo ha provocado,
 dilación no permitiendo
 en lograr el desagravio,
 sin perdonar á un traidor
 mientras no le ve humillado.
 Poderosa hueste lleva
 detrás de sí galopando,
 que apenas puede seguirle
 sin reventar los caballos,
 que no detienen al Rey
 hambre, sueño, ni descanso,
 y corre, y corre, y galopa,
 y seguirá galopando,
 hasta que en Burgos se vea
 y castigue á Garcilaso.

VII.

Sobre las torres de Burgos
 rebelde pendón ondea,

que abra osado contra el Rey
 Garcilaso de la Vega,
 que de tan negra traición
 es conocida cabera.

Cuando Don Pedro en Sevilla
 de la muerte estuvo cerca,
 decidido partidario
 declarose de los Cordas,
 á Don Juan Xunex de Lara
 apoyando sin reserva.

Sano el Rey, temió Don Juan
 y á Burgos huyo, pues cuenta
 allí con deudos y amigos,
 de quienes ayuda espera
 Garcilaso le siguió,
 y apenas ámbos comienzan,
 del Rey temiendo el enojo,
 á preparar su defensa,
 reuniendo á toda prisa
 armas y gentes de guerra,
 murió el de Lara, y jurgose
 aquella traición desecha,
 pues al verse sin caudillo

la revoltosa nobleras,
 que en derredor de Don Juan
 agrupábase reuelta,
 á desertar començó
 de su enlutada bandera.

Fija Don Pedro, de Burgos,
 m del de Lara se acuerda,
 marchando á Valladolid,
 do reunir las Cortes piensa,
 cuando un correo le alcanza
 á su paso por Palencia,
 y besándole la mano
 con una rodilla en tierra,
 así le dice: «De Burgos
 he salido á la carrera
 para anunciaros, Señor,
 que la traición no está muerta,
 que D. Juan Nuñez tramaba
 en contra de Vuestra Alteza.
 Obstinado varcillas
 en mantener de los Cordas
 el derecho á la corona,
 á un hijo que D. Juan deja

de Vixcaya hizo traer.
 Apenas dos años cuenta
 Don Nuño, mas Zarulaso
 como sucesor le muestra
 de Don Juan, y la traición
 en los ánimos refresca,
 y en derredor de su cuna
 poderosa facción crea,
 que pronto será terrible,
 si vos la dejais que crezca.
 Amigos teneis en Burgos,
 que veros llegar esperan
 y que ayudaros sabrán
 porque la justicia venza.»
 No escuchó Don Pedro más;
 una bolsa bien repleta
 de doblones dió al correo,
 y señalole la puerta.

VIII.

Montando negro corcel
 y vistiendo negras armas,
 á vista de Burgos llega

Don Pedro al romper el alba,
 de poca gente seguido,
 mas en lides bien probada.
 Si luto lleva en su arreo,
 mas luto lleva en el alma,
 y si poca gente lleva
 lleva cólera sobrada.

Apenas de la Ciudad
 se divisan las murallas,
 dos ginetes galopando
 vende salir de la plaza.

En su pecho generoso,
 al verlos, grata esperanza
 de par, abrigó Don Pedro,
 y a Sancho de Rojas llama
 diciéndole: « los ginetes
 buenas nuevas tal vez traigan;
 ¡ quiera Dios que Sanlúcar
 pida el perdón de su falta!
 Sal a su encuentro al galope,
 y si tal es su embajada,
 anunciale mi perdón,
 con tal que de Burgos salga

antes de mediar el día
 la Ciudad dejando franca,
 pues si á las doce, las puertas
 'vive Dios!' hallo cerradas,
 'pongo al cielo por testigo
 que sabré buscar entrada;
 que escalar sabe Don Pedro
 los muros, si puertas faltan;
 y como si perdonar
 de él sabré tomar venganza,
 pues si grande es mi clemencia
 mas grande será mi sana.' »

Partiose Sancho de Rojas
 á los ginetes alcanza,
 saludaronle corteses;
 cambiaron breves palabras;
 y Rojas á los reales
 vuelve, y ellos á la plaza.
 En la mano trae Don Sancho
 de Larilaso una carta;
 al Rey la entrega; y apenas
 por ella la vista pasa
 Don Pedro, cuando el coraje

dejó su far demudada.
 Entre sus manos estruja
 el papel, lleno de rabia,
 y haciéndolo mil pedacoz,
 lo arrojó y rugiendo exclama:
 «Fraudor, ¿tu soberbia loca
 de imponerme leyes tratas,
 cuando debieras temblar,
 levantada viendo el hacha
 que hará rodar por el polvo
 tu cabeza ensangrentada?»
 ¡Pues rodará!» Los hijos
 a su negro corcel saca,
 y fué la sangre inocente,
 que el bruto al correr derrama
 de sus desgarrados flancos,
 signo fatal que presagia,
 que tanto se verá el suelo
 de culpable sangre humana.
 Mucho Don Pedro corrió
 órdenes dando acertadas,
 porque en punto de las doce
 se escalasen las murallas.

Mandó que la judería
 fuese ante todo asaltada,
 pues, conoce que de Burgos
 era la parte mas flaca.
 Y ya todo prevenido
 quedó sin hablar palabra,
 ante su tienda de pie,
 fija en Burgos la mirada,
 á quien rebelde aborrece,
 y á quien adora por patria.

IX.

Que las doce se avicinan
 mostraba el sol en el cielo,
 dejando caer sus rayos
 sobre la tierra derechos;
 y seguido de sus gentes
 va acercándose Don Pedro,
 á las murallas de Burgos
 la indignación en el pecho.
 Garcilaso de la Vega,
 más que valiente soberbio,
 su noblera mancillando

la tración mantiene dentro,
 invocando de los Cordas
 el renunciado derecho,
 que por la noblera tollado,
 cuando debió protegerlo,
 hoy á la misma noblera
 sirve de ruin pretexto
 para ambiciosas revueltas
 contra el Rey y contra el reino.

Para que las puertas abra
 el Rey un plazo le ha puesto;
 á las doce expirará,
 y ya el Rey dispone el cerco
 para asaltar las murallas
 las escaldas previniendo.

La hora llegó señalada
 y las puertas no se abrieron,
 que es tanta la obstinación
 de aquel magnate altanero,
 - que del Rey busca el castigo,
 desdenando el perdón regio.
 Oncebas dieron de valor
 en el asalto primero

los de Burgos, rechazando
 á los del Rey con esfuerzo,
 mas de repente, furiosos,
 á las voces de Don Pedro
 se apinan sus campeones
 la judería embistiendo,
 y tras lucha encarnizada,
 quedaron del muro dueños,
 y franqueando una puerta
 á los de fuera, invadieron
 toda la Ciudad, gritando:
 «¡Viva Don Pedro primero!»^D,
 y sin piedad achuchillan
 al que topan á su encuentro.
 Fuera mayor la matanza
 y mayor fuera el saqueo,
 si las sombras de la noche
 sobre Burgos descendiendo,
 no hubieran bajo su manto
 tantos honores cubierto,
 del vencedor y el vencido
 la cólera conteniendo.
 Comenzaba el nuevo día

á esparcir tibios reflejos,
 y una espesa muchedumbre
 de soldados y de pueblo
 ante el palacio se agrupa
 en que posa el Rey Don Pedro,
 con desaforados gritos
 de Garuilaro pidiendo
 la libertad, pues ya saben
 que está Garuilaro preso.

De la morada real,
 de pronto un balcon abrieron,
 y sobre la inquieta turba
 cayó del magnate el cuerpo,
 y al par oyeron al Rey
 gritando con voz de trueno:

«¡a Garuilaro queréis?»

¡tomadle, pues, pero muerto!»

Petrificada quedose
 la multitud por el miedo,
 y sólo un ¡ay! se escuchó,
 mas un ¡ay! horrible, inmenso,
 que cual de una sola boca
 se escapó de todo un pueblo.

A poco se atropellaban
unos á otros, comiendo,
y Burgos quedó sumida
en un sepulcral silencio.

X.

Et la vista de Aguilar
ha llegado el Rey Don Pedro,
con una lucida hueste
de infantés y caballeros.
Et imponer castigo viene
al castellano Gobierno
Don Alfonso Coronel,
que confiado en los fueros
de su nobleza y poder,
y en sus amigos y deudos,
ha osado abiar la bandera
de rebelión en el reino.
Hizo Don Pedro llamar
á Enrique de Toledo,
su Camarero mayor
y con semblante severo
le dijo de esta manera:

«llevando mi pendon regio
 y de mi guardia real
 escaso acompañamiento,
 de Aguilar hasta las puertas
 irás con mi Balletero
 Sancho Fernandez de Rojas,
 y á Coronel dirás esto:
 que por que lo quise bien
 me duela mas de su yerro,
 y que yo á Aguilar le di
 como prenda de mi afecto,
 porque amor y vasallaje
 le tuviesen más sujeto;
 que mire euan mal me haga
 y que se arrepienta de ello;
 que mi enojo no provoque
 y me abra las puertas presto,
 pues no vengo en son de guerra
 que en son de perdones vengo;
 que yo al olvido daré
 cuantas ofensas me ha hecho,
 sus tratos con el de Lara
 el tiempo que estuve enfermo,

buscándome sucesor
 cual si yo estuviera muerto,
 su rebelión en Medina
 de mi reinado al comienzo
 en favor de la Guzmán,
 y con Garcilaso luego
 su nueva traición en Burgos;
 y sus invidiosos concertos
 con los moros de Granada
 porque entrasen en mi reino,
 que todo lo olvidaré;
 pero si se obstina ciego
 y no le rinden verdades,
 ni de su Rey el respeto,
 mi poder le rendirá,
 y le juro por el cielo,
 yo le librarán sus torres,
 ni sus amigos y deudos,
 ni sus lanzas y peones
 del mercedo e carnicamento,
 que yo haré saltar sus muros
 horadando los cimientos
 y en esa su misma villa

hallará el castigo cierto,
 á sus traiciones debido
 justo á la par que tremendo. »
 Así el Rey dijo á Enrique
 á Enrique de Toledo,
 y porque partiese al punto
 despidióle con un gesto.

XI

De acero y seda vestido,
 montando al azana yegua,
 de sudor cubierto y polvo,
 con el regio pendón llega
 Don Enrique de Toledo,
 de Aguilar ante las puertas.
 Con el van Sancho de Rojas
 y otros nobles de gran cuenta,
 y de la guardia real
 poca gente, pero buena.
 A Coronel y á su yerno
 Don Juan Núñez de la Cerda,
 que en abierta rebelión
 están en la fortaleza,

10.)
19)

37

porque dejen su perfidia,
un recado del Rey lleva,
otorgándoles perdón
su magnánima clemencia,
si le acogen en la villa
y la mano real le besan,
haciendo pleito homenaje
de volver á su obediencia.
Cuando ven los de la plaza
la comitiva ya cerca,
dan aviso á Don Alonso,
que hácia la muralla vuela;
y á los del Rey vi llegar
aromado á la barrera.
Saludóle D. Enrique
cortemente, y con voz llena
dió cumplimiento al mensaje,
esperando la respuesta.
«Contad - dijo Coronel -
á vuestro Rey la paciencia
con que he encontrado y sufrido
vuestra fastidiosa arenga,
y que á tod'ay sus razones

así Coronel contesta,
 y sin añadir palabra,
 haciendo á los suyos señal,
 cayó sobre los del Rey
 espesa lluvia de piedras,
 y de acerados venablos,
 y de aguzadas saetas,
 que el real pendon destruyendo,
 hirieron al que lo lleva,
 que para hablar mantenia
 levantada la visera.

Al verse así acometidos
 sin poder hacer defensa,
 á donde el Rey se quedara
 comieron á rienda suelta.

Don Pedro desde una altura
 mirando estaba la escena,
 y apenas vió de la plaza
 arrojar la primer flecha,
 quando de cólera ardiendo
 á su petro metió espuelas,
 y á d'ó su pendon esta,
 dirigióse á la carrera.

Chispas arrancan al par,
 el caballo, de las piedras,
 y de los ojos del Rey
 el coraje que le ciega.
 Frás él se lanzan los suyos
 y á los que vienen encuentran;
 el desgarrado pendón
 toma Don Pedro en la diestra,
 y despreciando los dardos,
 que de la plaza le asestan,
 hácia Aguilár se adelanta
 gritando con voz tremenda:
 «Pues que la paz despreciáis
 y el perdón, y queréis guerra,
 guerra tendréis y castigo,
 y os lo anuncia así mi lengua,
 por traidores os declaro,
 os confisco vuestras tierras,
 vuestras villas y castillos
 os tomaré por la fuerza,
 escalaré vuestras muras,
 romperé vuestras barreras,
 y el hada de mi verdugo
 »

Segura vuestras cabezas.))
 Así grito el Rey Don Pedro
 y al peto volvió las riendas,
 A su muerte incorporose,
 y ya con faz mas serena,
 informase de la herida
 que recibio en la refriega
 en Camarero mayor,
 y al decirle que es ligera,
 reptirole al de Alburquerque:
 «¿Dialá que de la ofensa
 que hoy me han hecho esos traidores,
 decirse otro tal pudiera!»
 «Mas yo sabré con su sangre
 lavarla aunque grande sea.»))
 Ya los reales llegando
 apesose ante su tienda,
 y entrose con sus magnates
 á tener consejo, en ella.

XII.

En un borrascoso día
 cuando fiero aquilón sopla,
 cuando fiero aquilón sopla,
 cuando fiero aquilón sopla,

y á su gigantesco impulso
 las frenadas nubes chocan,
 y el negro cielo se rasga,
 y del relampago asoma
 la cárdena luz que ciega,
 y el trueno con su voz ronca,
 á la tierra estremeciendola,
 á hombres y brutos asombra;
 como alegra nuestro pecho
 deliriz la luz hermosa
 que grato signo de paz
 el Occidente colora!
 Fal de Don Pedro primero
 en la vida borrascosa,
 manteniendo entre traiciones
 su vacilante corona
 solo á fuerza de castigos
 y de guerras desastrosas,
 aparece la Padilla
 cual estrella bienhechora.
 Cuando corre de Aguilar
 d'el Coronel, le provoca
 á Asturias, donde el bastardo

rebelde pendón tremola,
 por matar una traición
 dejando viva la otra,
 conoció a Doña María
 plácida luz entre sombras.

Negros sus rasgados ojos,
 su tez de nácar y rosa,
 arabache sus cabellos,
 perlas y coral su boca,
 era la noble Padilla
 hermosa entre las hermosas.

Y si cautiva por bella,
 por lo discreta enamora,
 y por modesta seduce,
 y encanta por virtuosa,
 que tales prendas del alma
 tan lindo cuerpo avaloran.

Vióla Don Pedro, sus ojos
 buscaron los de la hermosa,
 y su ardiente coraron
 sediento de amor, amila
 cual el naufrago infelice
 a la tabla salvadora,

sobre la cual abrazado
entre la borrasca flota,
Y como nunca admitió
del Rey el alma fogosa,
dilación en sus deseos,
ni en sus designios demora,
amor eterno juróle,
y hacerla juró su esposa;
y a Asturias pacificada,
no piensa ya en su corona,
que solo en su bella piensa,
y solo piensa en su boda,
y olvidando a Coronel
hacia Sevilla se torna,
y en su Gileña Catedral,
en secreto se desposa
con la doncella gentil
que su corazón adora.

XIII.

Don Pedro y Doña María
gentil pareja formaban,
que si era hermoso el mancebo

era aun más bella la dama,
 Locos de amor, en Sevilla
 mas que vivian sonaban,
 que si él adora a su esposa
 más ella adora al monarca,
 y pasan felices dias,
 y meses dichosos pasan,
 tejendo hermosa cadena
 de placeres y esperanzas.

De que Rey es de Castilla
 Don Pedro no se acordaba;
 ni de que esta de traiciones
 rodeado, y de asechanzas;
 y solo en su amor pensando,
 por embellecer se afana
 el nido de sus amores,
 embelleciendo su Alcazar.

Los riaz diestros alarifes
 haen venir de Granada,
 y para labrar los techos
 ensambladores de fama;
 y alegres patios construyen,
 con arquerías caladas,

que sobre leves columnas
 voltean con elegancia,
 y soberbios corredores,
 y magnificas portadas
 de costosos arabescos,
 y encantadoras estancias,
 de muros alicatados
 y de techumbres doradas;
 y partidos ajimeces,
 y surtidores, que lanzan,
 el ambiente refrescando,
 puras y sonoras aguas;
 y de precuoras maderas
 ricas puertas, incrustadas
 con prodigiosa labor,
 de marfil, y concha y nácar,
 y deliciosos jardines
 donde el aire se embalsama,
 y en ellos fuentes, y estanques,
 y miradores y estatuas;
 y véase el regio palacio
 del Rey D. Pedro morada,
 transformarse poco à poco,

en una mansión de hadas.
 Visitando los trabajos,
 recorre el Rey el estancar,
 y á su dulce compañera
 que en el brazo va apoyada,
 así con voz amorosa
 forjando ilusiones habla:
 «le place esta bella fuente»,
 miraos en ella la cara
 veréis del cielo la luz
 en sus aguas reflejada;
 sentaos en este asiento,
 asomaos á esta ventana.....

En este hermoso palacio,
 que hoy para vos se levanta,
 digno de vuestra bellera,
 yo dichoso y vos amada,
 siempre unidos viviremos,
 del amor bajo las alas.»
 Y así pasaban los días
 y así los meses pasaban,
 y años hubieran pasado
 si el cielo lo decretara.

ellas; ay! que D. Pedro es Rey,
 y Rey de estrella menguada,
 y en horrible patrimonio
 solo el cielo le depara
 traiciones y odios y guerras,
 y crímenes y venganzas;
 y si la dicha probó,
 duróle poco; una carta
 le despierta de su sueño,
 contándole las matanzas
 los desmanes y los robos,
 y las quemas y las talas,
 que desde Aguilar traía
 en frecuentes algaradas
 el rebelde Coronel;
 y recuerda que al monarca
 castigar a los rebeldes
 y criminales tocaba,
 y monta a caballo, y pronto
 dará fin a su jornada,
 que espuelas de furor lleva
 y alas lleva de venganza,
 que dilación no consienten

y presto el camino salvan,
 y como el fiero leon
 que apenas tiende la garra
 sobre su presa, la rinde
 la derriba y despedaza,
 tal D. Pedro, de Aguilar
 rompió las fuertes murallas,
 arrojase por la brecha,
 dueño queda de la plaza,
 y meda de Coronel
 la cabeza ensangrentada,
 y aquella traición venida,
 vuelve a la villa la espalda,
 trácia Córdoba corriendo,
 donde su esposa le aguarda.

XIV.

Horrible lucha mantienen
 en el alma de D. Pedro,
 mal avenidas pasiones
 y encontrados sentimientos,
 que el corazón le retuercen,
 y le desgarran el pecho.

sin acordarse que el Rey
se debe todo a su reino,
sin pensar, que concertado
tiene ya su casamiento,
a la sangre real de Francia
su sangre real uniendo,
del amor que le enloquece
solo escuchando el consejo
que le halaga, desposose
con la Padilla en secreto,
y cuando de sus amores
pasan los gozes primeros,
que adormecieren su razón
entre dorados ensueños,
le asalta de Doña Blanca
el pavoroso recuerdo,
que de su grata ilusión
rasgando el mentido velo,
de la impia realidad
le muestra el problema horrendo.
Pienso que por Doña Blanca
sus embajadores fueron,
y que ya de Francia tornan,

y Doña Blanca con ellos;
 que ya á Castilla se acercan
 y que deben llegar presto,
 y solo al pensarlo tiembla.
 Y sabe que ya vinieron,
 que en Valladolid le aguardan,
 y que debe llegar luego
 para celebrar sus bodas;
 y se horroriza al saberlo,
 y siente frío en el alma,
 y se le eriza el cabello,
 y la solución le aterra
 de aquel problema tremendo.
 Si su mancha crecieran
 á la Padilla en el reino,
 que era su esposa ante Dios,
 sabe en su alma de D. Pedro,
 y ella le ama con pasión,
 y él por ella vive ciego
 de amor, que sus coraciones
 para adorarse nacieron
 y es padre, que tiene hija
 ha poco los diera el cielo,

bella como una esperanza,
 de su amor finto primero...
 Y en Valladolid le espera
 D.^a Blanca, y sin sosiego
 le avisan el de Alburquerque,
 su madre, y sus consejeros,
 porque corra sin tardanza
 de D.^a Blanca al encuentro,
 la fiera rana de Estado
 ante sus ojos poniendo.
 Que es D.^a Blanca sobrina
 del rey de Francia, que al reino
 paz y bienestar augura
 y poder su casamiento,
 con seguras alianzas
 ámbas coronas uniendo,
 que no ha de ser el amor
 en los Reyes lo primero,
 sino el bien de sus estados;
 que en sus manos pone el cetro
 Dios, y pone la corona
 en sus sienes, exigiendo
 que ningun amor les ciegue

sino el amor de sus pueblos;
 esto a su oído repiten;
 y él, la suerte maldiciendo,
 que una corona le ha dado
 con un corazón de fuego,
 tales razones escucha.
 frío en el alma sintiendo.
 Mas ¡ay! que se rinde al fin
 de Alburquerque a los consejos,
 y al amor de sus vasallos,
 y de su madre al respeto,
 y aunque al pensar en su boda
 tuvo su conciencia miedo,
 con firme resolución
 dice a Alburquerque «marchemos»
 y fuerte fué siendo débil,
 y en Valladolid se unieron
 D. Blanca de Borbon
 y el Rey D. Pedro primero,
 más solo se unen las palmas
 cuando la mano se dieron
 de esposos ante el altar,
 que sus corazones, metidos,

y sus almas separadas,
por siempre permanecieron.

XV.

En la gótica Toledo
y en un Salon de su Alcazar
Don Pedro con su valido
D. Juan de Honestora habla.

De pie el caballero está
inmóvil como una estatua,
e inquieto Don Pedro mide
a grandes pasos la estancia;
ya de repente se sienta
ya de pronto se levanta,
a sus paseos tomando,
ya de improviso se para,
pálido el semblante y torvo
hechos sus ojos dos agujas.

Tremulo por el coraje
-y vive Dios!- rugiendo exclama
que esa turba de bandidos
probarán pronto mi saña,
y si leales no encuentro

en mi reino, que la causa
de su Monarca defiendan,
para aplastarlos me basta
la cólera de mi pecho
y los filos de mi espada.»

«Señor, dijo el de Hinestrosa,
con voz carinosa y franca
dad treguas por un momento
al furor que os arrebató,
que aunque noble y justo, os hace
calumniar á vuestra patria,
que pechos leales tiene
que os respetan y que os aman,
y que por vos verterán
gozosos su sangre honrada.»

«Fendrálos Castilla, sí;
pero su Rey no los halla,
que mayor traición encuentra
en quien más lealtad aguarda.»

Desleal me fué Albuquerque,
provocóme á mano armada,
en Badajoz por fronteros
al Conde de Castamara

y á D. Fadrique dije
 porque castiguen su audacia,
 sangre por sus venas corre
 de mi padre, aunque bastarda,
 y nobleza y lealtad
 yo de mi sangre esperaba;
 y traidores me vendieron,
 y vendieron á su patria,
 ofreciendo mi corona
 á otro traidor de mi raza;
 y hasta la Reina, mi madre
 de esa abominable trama
 contra su hijo, se muestra
 ¡oh maldición partidaria...
 Si me vende mi madre
 en quién tendré confianza,
 et mis primos de estrageón
 he enviado á Salamanca
 en contra de Don Enrique,
 y nueva traición presagia
 en ellos mi corazón.»

«El corazón nos engaña
 á veces, - dijo «binestrosa»

dejad traiciones sonadas
 Señor, que las verdaderas
 para atormentaros bastan. »
 « Dices bien, pero no es sueño
 lo que en Arévalo pasa;
 pues notoria es la traición
 que D. Blanca prepara
 con Endiel y Calomeque
 que yo le dejé por guardas.
 Todos en mi contra van,
 todos D. Inan me amenazan;
 los que cobré de mercedes,
 los que hubieron mi privanza,
 mis deudos y mis hermanos
 y mi madre y D. Blanca.
 Si á los rebeldes castigo
 D. Pedro el Conde me llaman,
 si á desleales perdono
 luego en mi contra se alzan;
 si D. Blanca me vende,
 si echa en mi honor una mancha
 de las que aún entre villanos
 solo con sangre se lavan, »

y yo la perdono, y vive
 de mi corte retirada,
 donde en secreto medite
 su culpa, y pueda llorarla;
 nuevas traiciones urdiendo,
 de D. Fadrique reclama
 auxilio contra su Rey,
 y con los rebeldes trata
 de formar potente liga
 porque yo en sus redes caiga.
 Pues bien, - cerrando los puños,
 la vista desencajada,
 con voz tremenda exclamó:
 «Habrá sangre, habrá venganza.»
 Calló y sentose D. Pedro,
 todo su cuerpo temblaba....
 Sobre la sudosa frente
 pasó la mano crispada,
 hondo suspiro lanzó,
 y escapósele una lágrima
 que nadie decir pudiera
 si de dolor si de rabia.
 Luego, con faz ya serena

abrió á D. Juan la mirada,
 y con acento tranquilo
 le dice: «At Arévalo marcha
 sin demora, y á Toledo,
 trae contigo á D. Blanca
 á Gudiel y á Palomeque;
 y hospedaje en este alcázar,
 apartado si, mas digno
 de quienes son, les preparara.
 Fe los entregó... + Ay de ti!
 que tu cabeza los guarda.
 Yo me partiré á Segura
 donde otro traidor se amparará.»
 Besóle D. Juan la mano,
 y de allí á poco marchaban,
 para Arévalo Honestrosa,
 para Segura el Monarca.

XVI.

En Segura está el Maestre
 en Cordubuz D. Pedro,
 en rebelión Don Fadrique
 y á vencerla el Rey resuelto?

cuando D. Juan de Hinojosa
 llegando desde Toledo,
 así le dice, despues
 de besarle con respeto
 la mano: « Sabed, Señor,
 que la orden vuestra cumpliendo
 de Arvalo á D. Blanca
 sacando, el camino emprendo
 con Palomeque y Gudiel,
 y sin dilación comiendo
 en la ciudad imperial
 entramos sin contratiempo. »

« Bien Hinojosa, jamás
 fundiera esperarse menos
 de tu lealtad y honradez. »

- « Señor, por leal me tengo,
 mas tambien por desdichado,
 puesto que á contáros duelos
 llego ante vos afligido,
 cuando quisiera traeros
 halagadoras noticias
 de venturosos sucesos. »

Levántase airado el Rey

tales palabras cesando,
y sus encendidos ojos
clavando en el caballero,
con voz de rabia exclamó:

- «No vaciles, habla presto,
que el vacilar de traición,
es signo, Minestrera, cierto;
habla claro y ¡ay de tí!
si en tus acciones encuentro,
o en tus palabras descubro
motivo de un escarmiento.»

- «Lo dije, Señor, que entramos
en la ciudad, mas del templo
catedral ante las puertas,
Do Blanca, que un momento
de oración le permitiese
pidió; concedi; entró dentro
de sus dueñas asistida
y de algunos caballeros.

¡Y nunca hubiera consentido!
De esta culpa me confieso.»

- «Acaba, vasallo, acaba,
que dilación no consiento»

y no te arranque la lengua
porque me cuentes el hecho. »

¶ Llena de damas estaba
la catedral, y de deudos,
de Palomeque, y amigos
de Endiel, todos de acuerdo
en la traición convenidos,
y en su favor acudiendo
por calles y callejuelas
compacto y conspirado pueblo,
viva D.^a Blanca! gritan
¡a los maestros embistiendo.

Quítel hubiera sido
de reunir el intento
contra toda la ciudad.

No por temor a ser muerto,
mas por contaros el caso,
por si le hallais el remedio,
burlando peligros mil
puede escapar de Toledo.

Ya lo ocurrido sabéis;
si es que castigo merezca
vos, me lo darcis, Señor,

que de mi vida sois dueño,
 y si traidor me jurgais
 ni un hora de vida quiero,
 Inmóvil como una estatua
 guardo Minestra, silencio,
 sentose el Rey, y quedo
 fija la vista en el suelo,
 largo tiempo pensativo,
 de repente abrase luego
 y a Minestra dijo así:
 - ¿Tan custida el alma tengo
 por desmanes y traiciones,
 que no se angustia mi pecho
 ante un revés de fortuna
 o ante un nuevo contratiempo?
 Si por traidor no te culpro
 te culpro por indiscreto;
 tus anteriores servicios
 te salvan; escucha atento,
 que si una traición constate
 otra traición te refiero.
 A Cuenca de Hamariz
 se han retirado mis deudos

los Infantes de Aragón,
 y D.^a Leonor con ellos,
 mi servicio abandonando,
 y pronto, D. Juan, espero,
 que con los demás traidores
 han de ponerse de acuerdo.
 Todos Hinestrosa, todos,
 formidable liga urdiendo
 tratan de imponerme leyes;
 tratan de imponerme miedo;
 sin mirar que soy su Rey
 y sin ver que nunca temo,
 que la ley es mi palabra
 y de sus vidas soy dueño;
 ¡mas ya sentirán mi sana!
 a Herdesillas iremos,
 y desde allí con reposo,
 castigo impondré severo,
 a todos esos traidores
 esparidos por mi reino,
 en Arévalo, en Segura,
 en Lamanes y en Toledo.
 Quecansad, el de Hinestrosa

porque al alba partiremos.»

XVII.

En un gótico sitio
sentada D. Maria,
con su hijo D. Pedro habla
llegado de Fordeuillas:

«Os he mandado venir
a Forc con tanta prisa,
porque os amo como madre,
y de esa potente liga,
que contra vos se prepara,
temo en verdad la osadía;
muchos son D. Pedro y fuertes
los que la traición maquinan:
Los de Aragón, los bastardos
y otros nobles de valía
busquemos presto el remedio
que el peligro se echa encima,
y mas vale prevision
que medicina tardía.»

«Decid bien, hablemos madre,
que yo os juro por mi vida,

17)
 que ni rebeliones quisiera,
 ni rebeldes me intimidan.
 Ya en Fordesillas oí
 a D.^a Leonor mi tía,
 y no puedo convencirme
 de que la razón asista
 a esa turba de bandidos
 que contra su Rey conspiran.))

-«alguna razón les mueve.» -

-«Ninguna D.^a María.»

¿Por qué huí de vuestra esposa
 D.^a Blanca, y la Padilla
 reina en vuestro corazón,
 y sus parientes dominan
 por ella en vuestros favores
 y dueños son de Castilla?

-«Callad madre, vive Dios!
 porque niente quien tal diga,
 y a sufrir tales palabras
 solo el respeto me inclina.

Dona María ante Dios
 es mi mujer, que en Sevilla,
 y en su Santa Catedral,

por la Iglesia bendecida,
 fue nuestra secreta unión,
 que pública hará en su día
 ante las Cortes del reino,
 porque homenaje la rindan.
 Mi Doña Blanca y mi esposa
 mi de mi cariño es digna,
 pues en rebelión abierta,
 es bandera de esa liga
 de magnates, que tan solo
 soberbia y traición respiran.
 Si con ella desposame
 por ceder a las intrigas
 de Albuquerque, bien sabéis
 cuánto hacerlo me dolía,
 siendo al fin por vuestros ruegos
 mi repugnancia vencida.
 Nunca hubiera consentido
 en esa boda maldita,
 pretexto a tantas revueltas,
 con que mis reinos agitan
 los que ejemplo ser debieran
 de nobleza e hidalgua.

Y si entre tantos traidores
 solamente los Padillas
 leales me son, yo os mego
 me digais de ellas,
 de quienes he de fiar
 la custodia de mis villas,
 y las altas dignidades
 y cargos de mi estima.
 ¡Vive Dios! que solo un loco
 de otra manera obraría.

ellas los Padillas del reino
 duenos, ¡pardiez! es mentira.
 Etun siendo yo por derecho
 Rey de Leon y Castilla
 de gobernar mis estados
 esos traidores me privan.
 Esto madre, os digo en foro
 y tal dije en Cordesillas,
 quando a visitarme fue
 a Doña Leonor mi tra.

- « He oido vuestras razones,
 B. Pedro, escuchad las mias.
 Si ante Dios es vuestra esposa

cual deis, Dona Maria,
 ignorato vuestro reino,
 y vuestros vasallos miran
 a D.^a Blanca por reina,
 por mancha a la Padilla.

- «et Cortes convocaré
 y en claro pondré el enigma.»

- «A Francia os moverá guerra
 y esa poderosa liga
 de nobles, vereis bien pronto
 D. Pedro con Francia unida.»

- «Llamaré al estado llano,
 que harto de las demasías
 de los grandes, está ansioso
 por abatir en osadía.»

- «Meditadlo bien D. Pedro,
 meditado por mi vida,
 que nunca fuí venturoso
 quien en pecheros confía.»

- «En el pueblo hay corazones
 que noble valor abrigan,
 y ante todo, sabed madre,
 que mi alma fuerte y atrevida,

nunca cede ante traidores,
 y el morir sin cobardía
 ¡vive Dios! me place más
 que vivir con ignominia.»

«¿A de D. Juan de Alburquerque
 sabreis la muerte en Medina.»

«La he sabido y no os oculto
 la supe con alegría;

pues que me libra la muerte
 de un traidor que Dios maldiga.»

«Pues aún libre de él no estais,
 que hasta muertos os desafía,
 disponiendo que su féretro
 vaya por campos y villas,
 por los rios conducido,
 sin que su cuerpo reciba
 sepultura, hasta que al fin
 seais vencido por la liga.»

«Traidor es después de muerto,
 cuando vivo que sería.»

«Mas Dios al muerto había dado
 ya su pena en la otra vida,
 y bien pronto sentirán»

en esta, de mi justicia
el castigo, los que hacen
á sus vestas compañía.»

«El último mejo, D. Pedro,
es que templéis vuestra ira,
y asistáis por bien del reino
á las amistosas vistas,
que en fofadillos los nobles
con vos celebrat meditan.»

«Por quato daros, iré
con intención decidida
de hacer la paz; pero quate
si en su soberbia meditan
á su Rey imponer leyes,
que su Rey no ha de sufrirlas.»

Así dijeron en Foro
D. Pedro y D. Maria.
El Rey le besó la mano
y ella quedó pensativa.

XVIII.

Buscando reposo al cuerpo
y al espíritu descanso,

con la Patilla D. Pedro
 en Viena retirado,
 de Toledo, de Segura
 y Tamariz, olvidando
 las traiciones que le cercan,
 dá á sus afanes un plazo.
 Asienta D.ª Maria
 en alto sillón dorado,
 y el Monarca de Castilla
 en un cojín de damasco,
 donde ella apoya los piés,
 mientras que su blanca mano,
 con la rizada cabellera
 del regio esposo jugando,
 su hermosa frente acaricia,
 con su amoroso contacto
 amarguras y pesares
 de aquella mente borrando,
 que solo placeres sueña
 y amor y dichas en tanto.
 Mas como en sereno día
 el limpio cielo manchando,
 negras nubes se condensan

de la terrasca presagio,
 así de la rígia estancia
 la rica cortina abrando,
 Juan de Hinestrosa aparece
 con un papel en la mano.

• Ella y él, uno en el otro
 tienen sus ojos clavados;
 más desatan sus miradas
 del caballero los pasos,
 dirijiendolas inquietos
 los dos al recién llegado.

Mundo quedó el de Hinestrosa
 que el Rey hablara esperando,
 quien tras un breve silencio
 dijo así: «siempre de agrado
 sirviome vuestra presencia;
 mas temo D. Juan, que acaso
 alguna nueva traigais
 negra, en ese papel blanco.

«tame:») alargó el Rey
 hácia Hinestrosa la mano,
 tomó el papel, rasgó el sobre,
 leyó y dijo: «equivocado

podré estar, que Dios lo quiera,
 mas son los traidores tantos
 que me amenazan, que siempre
 temo verlos aumentados.

«Mi madre me llama a Lora,
 diciendo que a mis estados
 y a mi persona, conviene
 que allá marche de contado,
 para buscar un arreglo
 con los nobles rebelados.»

«Cállate Pedro y quedó
 pensativo un breve rato,
 y abrándose de repente
 y midiendo a largos pasos
 el aposento, la ira
 en su semblante mostrando,
 hechos dos arcos sus ojos
 y con los puños cerrados,
 así exclamó con voz ronca:

«Madre, tú tambien en tratos
 andas con esos traidores,
 fu' unida con los bastardos,
 contra tu hijo y tu Rey.»

No temblais al escucharlo,
 D^a Maria; D^a Juan,
 si estais tambien meditando
 hacerme traicion, decidlo,
 yo os perdono porque os amo.
 echose D^a Maria,
 tendio a D. Pedro los brazos,
 y con amorosa voz
 le dijo: « Señor, calmaos;
 que la cólera no embarque
 vuestro entendimiento claro,
 y escuchad mi humilde ruego
 por si os sirviese de algo.
 Los descontentos magnates
 en Cejadillo os hablaron,
 y entre varias peticiones
 que para bien del Estado
 os exigen, solicitan,
 me apartéis de vuestro lado.
 Meditad cuanto me duele
 el que así lo hagais, rogáros;
 pero el reino es ante todo,
 y si yo de voz me aparto,

vos seréis un Rey feliz,
por vuestros pueblos amado.

«Haud esse sacrificio
en bien de vuestros vasallos.»

«Vasallos; rínes bandidos
debeis, Señora, llamarlos!

«Y pedis que me dobleque
ante un orgullo insensato!»

«Nunca cederé; jamás,
antes muerto que humillado!»

Dios bendijo nuestra unión
y el solo cortará el lazo
que nos ligó ante el altar.

«Nadie más podrá cortarlo!»

«Recojed, dijo D. Pedro,
a la alfombra señalando,
ese papel, «binestrosa»

de lo que dice enteraros,
y vuestra opinión formad;
pues vuestra opinión aguardo.

«El papel abo D. Juan,
y sentose el Rey al lado
de su esposa, la respuesta

del caballero esperando.

— Señor - cuando hubo leído,
dijo Hinestrosa, si osado
consejo á daros me atrevo
vuestra orden respetando,
lo que se encierra en vris pedros
escribancas de mis latias;
fuerte parece esa liga
que contra vos han formado,
pero poco han de tardar
esos potentes aliados
en desunirse, el perdón
de vuestra clemencia implorando,
su altivez y su ambición
son de discordias presagios;
dad treguas á vuestro enojo
Señor, y al tiempo dejadlo.
— En verdad dijiste bien,
bien en verdad has hablado
— dijo D. Pedro - mas yo
Hinestrosa no fiarlo
solo al tiempo determino,
que ese camino es muy largo.

et Foro he de ir, y allí,
ya prometiendo, ya dando,
de esa discordia que anuncia
aceleraré los pasos.

Samuel Levi, Hernan Sanchez
y tú, á la marcha aprestaos,
que mañana partiremos
al lucir del sol los rayos. >>

Despidiose el caballero,
beso á los Reyes la mano,
salio, y volvióse á sentar
en el cojín de damasco
á los pies de la Badilla,
el Monarca castellano.

XIX.

Del obispo de Zamora
en la histórica merada,
con el Infante D. Felto
en Foro D. Pedro habla.

-«Nunca viví tan dichoso
cual vivo en vuestra compañía,
rodeado de parientes

y de amigos que me aman,
 y que por bien de mi reino
 de su gobierno se encargan,
 del peso de la corona
 que ya en verdad me abrumaba,
 librándome generosos;
 mas yo mercedida paga
 os otorgaré en su día,
 si es que al fin me dejais darla.

-«De vuestra Alteza, Señor,

dice con fingida calma
 el bastardo; bien el fondo
 penetra de las palabras,
 y que para hablar así
 la razón tenéis sobrada. -

-«Y yo, D. Fello, me alegro
 de oír respuesta tan grata,
 que el favor del carcelero
 mucho al preso siempre agrada,
 y si un día vuestras hechas
 á nuestro decir igualan,
 no he de olvidarme de vos
 cuando vuelva á ser el Monarca.»

«Siempre lo sois para mí».

«¿Cuándo, D. Fello, esperaba
menos de vuestra nobleza,
y ya Señor de Vircaya
os he de llamar, si antes
mi carcelero os llamaba».

Sabed que herida de muerte
la liga, Señor, se halla;
todos quieren ser cabera
y nadie á logrado alcanza;

D. Maria se inclina
al Conde de Frastamara;
y de ellos D. Leonor
y los de estragon se apartan,
unos y otros olvidando
las quejas de D. Blanca,
por quien tan solo el Maestre
D. Fadrique, el pendón abra.

Yo, Señor, amo el sueño,
que estas luchas no me agradan,
y solo me veis en Toro
teniendo las asechanas
de esos nobles revoltosos

que si osan á su Monarca
mover guerra, de mis tierras
fácilmente me arrojarian;
dadme ayuda contra ellos
que yo haré que de esta trama
libre bien pronto os halléis.»

-«Cumplidme vuestra palabra
D. Fello, y veréis al punto
vuestra lealtad bien premiada.»

-«Señor Perez y La Cerda,
y Riviz de Villegas, se hallan
á mis órdenes sumisos,
y á nuestra obra solo falta
que los de Aragón se muestren
decididos á apoyarla.»

-«Ofreced á los Infantes
cargos, favor y privanza,
y á D. Leonor, - D. Fello -
prometed que apenas salga
de Toro, la rica villa
de Roa, le será entregada.»

-«Si lo haré, y vuestra celeridad
fuera ya de estas murallas,

volverá á regir sus reinos
la rebelión terminada.»

«En voz fía, que acertéis,
y en corto plazo, Dios haga,
que el día de veros libres
si los presos siempre tarda.»

«En que pronto habrá ocasión,
tengo, Señor, confianza.»

«Y los fieles servidores
que al venir me acompañaban,
han de quedar en prisiones
mientras que su Rey se salva.»

«Cuando en libertad os vean
soltaránlos sin tardanza,
que tan necios no han de ser
en provocar vuestra saña.»

«Quez bien D. Fello, daos prisa
á disponer vuestra traza,
y despues ¡quante! si acaso
en dejarles salir tardan,
que ya sabré revolver
contra loro, y de sus garras
librarles, y dar castigo»

si quien estorbarlo osara. »
 — Nuestra cithera, con Dios quede. »
 — Que el os guarde, el de Macaya. ».

XX.

El comienzo de Diciembre
 en una fría mañana,
 espesa y húmeda niebla
 oculta la luz del alba;
 mas sino se ve, se escucha
 numerosa cabalgata,
 que por las puertas de Coro
 va saliendo en son de caxa.

Alegres trompas recuecan
 y voces y corcajadas,
 y retinidos de corceles,
 y el rechocar de las armas,
 y de los herrados cascos
 al romper la dura escarcha
 el crujir acompasado;
 y las traillas que ladran.
 Se vieran, si hubiera luz,
 tres ginetes que retrasan

el paso de sus bidones,
 y quedando a retaguardia,
 dejan marchar a los otros,
 y platicando se paran.
 Quien cerca estuviera de ellos,
 escuchara estas palabras,
 que en diálogo animado
 pronunciaron en voz baja:
 « Señor, - dijo el uno, - nadie
 ha de notar nuestra falta
 mientras el día no aclare;
 cerca de aquí nos aguarda,
 conocedor de la tierra,
 un guía de confianza. »
 « Marchemos, pues, Alvar Pérez;
 marchemos, La Cerda, exclama,
 mostrando gran impaciencia,
 una voz sonora y clara
 que ardo ya por verme lejos
 de las torres y murallas
 que con traidores buscaron
 para servirme de jaula,
 más pronto revolvire

sobre ellos, la diestra armada,
 y entonces, Foro será
 el cepo en que presos caigan
 ¡ay de ellos!; Cerda, marchemos;
 ¡ay de ellos!; Marchemos al var.»
 El que llamaron La Cerda
 llevo un silbato de palata
 a los labios, que el chirrido
 de la lechura imitaba,
 y un chirrido semejante
 lojose a corta distancia,
 y la sena repitiendo,
 que era siempre contestada,
 mi nuevo ginete llega
 a donde los tres estaban.
 Ine a Segovia los dirija
 al oien llegado mandan,
 y el delante y detras ellos,
 a paso ligero marchan,
 cuando la sombra permite
 de aquella negra mañana.
 En tanto los caradores
 alegres rien y cantan

al Infante de Aragón
 siguiendo, que los guiaba
 de intento, ya prevenido
 en la dirección contraria,
 y cuando ya vencedores
 de la niebla, comenzaba
 el sol á separar sus rayos,
 abranse voces de alarma,
 anunciando que Alvar Perez,
 el Rey y La Cerda faltan.
 El Infante Don Fernando
 dio la orden de parada,
 y do sabe no han de hallarle,
 buscar á D. Pedro manda,
 y cuando ya de correr,
 inútilmente, se cansan,
 hacia Toro dan la vuelta
 dexitiendo de la cara.
 El Infante de Aragón
 grande tristera mostraba,
 que unos creen verdadera
 y otros conocen por falsa,
 que hay quien tenga alegre el pecho

poniendo triste la cara;
 y cuando á D.^a Maria
 y á los bastardos, relata
 muy afligido el suceso,
 bien sale que galopaban
 hacia Segovia, La Cerda,
 D. Pedro primero, y Alvar.

XXI.

En Segovia la real,
 la siempre fiel á D. Pedro,
 y de su gótico alcázar
 en un lujoso aposento,
 de tapices granadinos
 los fuertes muros cubiertos,
 sobre alfombra tunecina
 discurrir con paso lento
 el Monarca de Castilla,
 un pergamino leyendo.
 Terminada su lectura
 mostro en el rostro contento,
 á la puerta dirijiose,
 y el cortinaje entreabriendo,

-«ah de mi guardia!» grito;
y apareció un ballestero
que las órdenes del Rey
inmóvil oye en silencio.

«Hola Juan! avisa al punto
a La Cerda que le espero.»

Salio el soldado, y el Rey
ante un bufete, cubierto
de un tapete carmesi
de costoso terciopelo
con flecos y borlas de oro
sentose, y al caballero
mientras escribe, aguardo,
que a poco entro, y con respeto,
la real mano besole
rodilla en tierra poniendo.

-«Leed, D. Juan, -dijo el Rey-
esta carta que un correo
esta mañana me trajo,
en la que anuncian mis deudos
de Aragon, que con su madre
en Segovia estaran luego,
de su falta arrepentidos

a mi servicio volviendo.))
 Leyó el escrito La Cerda
 y así contestó a D. Pedro:
 « Derecha la liga está.
 Bien lo anunciaba D. Fello,
 y hoy uno y otro mañana
 a vuestra Altera pidiendo
 perdón, si vos tornarán;
 tenedlo, Señor, por cierto.))
 - « Dios así, D. Juan, lo haga;
 mas yo en verdad no lo espero;
 pues sé que entre esos traidores
 algunos hay tan soberbios,
 que morir preferirán
 antes que dejar de serlo.
 A Burgos he de partir,
 a los estados del Reino
 a Cortes allí citando,
 donde hacer protesta pienso
 de lo acaecido en Toro,
 y de hombres y de dinero
 recursos solicitando,
 revolver a Toro luego,

y la traición terminas
 con solo un golpe cetero,
 á los unos castigando,
 y en otros temer poniendo.
 Retiraos, el de La Cerda
 y un seguro mandadero
 al punto á Foro envid,
 y esta razon en un pliego.
 Que á Samuel y Hernan Cánchez,
 i Honestosa dejen sueltos,
 y que con mi Canciller
 vengan mis reales sellos;
 y que si así no lo hicieron
 cual lo mando, vivan ciertos,
 que no ha de faltarme plata
 con que otras fundir, ni hierro. »

XXII.

En Foro está D. Enrique
 y allí está la Reina madre,
 los solos que dentro quedan
 de los jefes principales
 de aquella terrible liga

de que pudo el Rey librarse.
 Los demas al verle en salvo
 no se atreven á esperarle,
 y uno tras otro se alejan
 cada cual con sus parciales,
 la ciudad abandonando,
 á la Reina y al Infante;
 que contra el Rey se defienden
 y él sus murallas combate.
 Fuerte es la plaza de Toro
 y obstinado es el corage
 con que sin descanso luchan
 de la una y otra parte.
 Del castigo temerosos
 los sitiados, si entregarse
 no se atreven, esperando
 venga el Maestre á ayudarles,
 y D. Pedro aprieta el cerco,
 porque D. Henrique se halle
 dizen^{do} ya de la ciudad,
 y dispuesto á rechazarle.
 Lo que la fuerza no alcanza
 lograrlo la astucia sabe,

y al hierro resisten puertas
 que con el oro se abren.
 Tal entonces ocurrió,
 y en tanto los desleales
 á Hinestrosa libre dejan
 porque con D. Pedro alcanca
 condiciones ventajosas
 para la plaza entregarle;
 bari Alfonso de Figueras,
 que entre los de Toro vale,
 ayuda al monarca ofese
 y una puerta franquearle.
 Y en esto llega el Maestre,
 Hinestrosa le persuade,
 y ven desde las murallas,
 los sitiados, que á verarle
 llega á D. Pedro la mano,
 y sus ánimos decaen,
 y reúnen en consejo,
 y ya qui hacerse no saben,
 D. Enrique con los duques
 hacia Galicia se parte,
 y D. Maria espera

confiada el desmoronarse,
 pues sabe que no de un hijo
 puede temer una madre.

En escapar el bastardo
 bien hizo en aquella tarde,
 pues cuando llegó la noche
 una puerta al Rey se abre,
 que de Santa Catalina
 llaman, y las tropas reales
 invadieron la ciudad
 sin resistencia de nadie.

¡Feroz por D. Pedro, gritan-
 los que entran, y sin combate,
 la ciudad quedó del Rey
 sin que se vertiera sangre.

XXIII.

La de Santa Catalina
 D. Pedro entro por la puerta
 y dueño quedó de Toro
 apenas sus gentes entran.
 El Rey mostró su justicia,
 que algunos llaman dura,

castigando cual debía
 de la rebelión aquella
 á los jefes principales;
 mas respetando á la Iglesia
 la libertad concedió
 al Obispo de Sigüenza,
 que de los más pertinaces
 de su traición dió su muestra.
 et su madre á Portugal
 orden le dió que partiera,
 y á otros muchos perdono,
 que no fué todo fierza
 en el corazón del Rey,
 que si bien, fuerte encarniento,
 á los que tras la traición
 le ofenden con la soberbia,
 con el que se humilla es blando,
 y de su alma la noblera
 siente piedad y perdona
 cuando es pasada la ofensa.
 Martín Barca, navarro,
 llega á la Real presencia
 á D. Juan llevando en brazos

que catorce abiles cuenta,
bastardo hermano del Rey
que de la Guzman naciera.

- «Vuestro hermano os traigo, - dijo,
perdonadme, Señor.» - «Venga
ese inocente - a mis brazos
dijo el Rey; mas tu cabeza
por el folsco ha de rodar
porque mas traidor no seas.»

- «Pues haced de mi, Señor,
lo que vuestro folsco crea,
mas justo, que a vos me entrego
a Martin e Barca, contestá.»

Hicío ante el Rey la rodilla
D. Pedro su mano estrecha
entre sus brazos, y extiende
hacia el navarro la diestra
que sus lagrimas mojaron
cuando sus labios la besan.
En el Don Pedro primero
dueno ya de Toro queda
y aquella famosa liga
en donde nació, desecha.

XXIV.

Un martes amanecía
 á veinte y nueve de Mayo,
 su far asomando el sol
 sobre un cielo despejado,
 y hacia la puerta del Norte,
 á que el pueblo sevillano
 llama de la Macarena,
 viose la gente apinando,
 ansiosa por ver entrar
 al Maestre de Santiago,
 que á Sevilla se dirige
 del Rey D. Pedro llamado,
 que segun dicen, oir
 quiere de sus propios labios,
 de la toma de Humilla
 el halagüeno relato.
 Mas de las doce oenan,
 del sol los ardientes rayos,
 abrasan á los curiosos,
 de tanto esperar cansados;
 cuando á la vez, de allí vienen,
 lanzada por un muchacho,

á lo largo del camino
 todos los ojos miraron,
 y el brillar se vió á lo lejos
 de las lanzas y los cascos,
 sobre la nube de polvo
 que levantan los caballos,
 cuyo trotar sostenido
 se oye cada vez mas claro.
 Bien pronto la multitud
 ábrese por dejar paso,
 y aparece, caballero
 sobre un alazán tostado,
 que la larga erin sacude
 orgulloso relinchando,
 al par que enciende los piedras
 con el resonante casco,
 el Infante D. Fadrique
 sus brucites acendillando,
 moro de faz agraciada,
 de porte noble y bizarro.
 Su blanca y flotante capa,
 que lleva tras sí volando,
 deja ver entre sus pliegues

la roja cruz de Santiago,
 y un blanco penacho ondea
 sobre el birrete encarnado,
 por rico joyel sujeto
 de esmeraldas y topacios.
 Espuelas y riendas trae
 de oro fino cincelado,
 con las que aviva y contiene
 del noble corcel el paso.
 Hasta el Alcázar llegó
 a Sevilla atravesando,
 y allí a sus gentes despidió,
 y entra en el regio palacio,
 mostrando gran impaciencia
 por hablar al Rey su hermano.
 Sobre alfombra berberisca,
 que tapiza el frío mármol,
 sentado estaba Don Pedro
 en ancho sillal dorado,
 que si por rico deslumbra,
 mil piedras en el brillando,
 más admira de su obra
 lo prolijo y esmerado.

Seis caberax de leon
 coronaban su respaldo,
 que seis castillos soportan,
 sobertio doxel formando,
 sobre la noble cabera
 del effonarca castellano,
 que en el brazo del sillou,
 el diestro codo apoyando,
 y la derecha mejilla
 sobre su puño cerrado,
 hundirse mira sus pijs
 en un cojin de damasco,
 de castillos y leones
 por la Badilla bordado.
 Etto la cabeza el Rey
 oyendo entrar al bastardo,
 y con severo semblante
 la cólera dominando,
 fija la firme mirada
 en los ojos de su hermano,
 de esta manera le habló
 con acento reposado:

- « Muchos, effaute, me place

vuestra llegada, pues ardo
 en deseos, por oír
 el proceso detallado
 de esa famosa jornada
 y de ese glorioso asalto,
 y ver si acorde se muestra
 con lo que ya me contaron,
 para, con justa medida,
 el galardón otorgaron,
 á vuestro valor debido,
 por vuestra lealtad ganado.»

- «Lo que al valor concedais,
 Señor, á vuestros soldados,
 que mas que yo lo merecen
 - dijo D. Fadrique - dadlo,
 que yo lo que por leal
 me toque, sólo reclamo;
 y si en amor me pagais
 tendréme por bien pagado.»

- «No ofendais - dijo D. Pedro -
 vuestro valor, rebajando
 sus quilates, que bien sé,
 que sois, el Maestre, esforzado.»

y no mostréis tanto empeño
 vuestra lealtad pregonando,
 que de ella, no con palabras,
 mas con hechos acendrados,
 en ocasiones diversas
 claras pruebas me habeis dados
 ya en mitad de su camino
 el fénix abandonando
 de nuestro padre en Medina,
 corriendo al vuestro el castrazgo,
 ya en Badajoz con D. Juan
 Alburquerque haciendo tratos,
 y con Don Pedro mi tío,
 ya en Segura encastillado,
 ya a Toledo socorriendo,
 ya en Toro desempeñando
 mientras tuve allí mi corte,
 el grave y penoso cargo
 de Camarero mayor,
 que fue a bien otorgaros,
 premiando vuestros servicios
 y vuestra lealtad premiando,
 ya por último cumpliendo

como noble y como honrado
la importante comision
que vos sabeis, y yo callo.»

Palido esta Don Fadrique,
y el semblante demudado,
asi a Don Pedro replica:

- «Llamáime, Señor, acaso
para arrojarme a la cara
nuestros antiguos agravios
que ya debierais tener
de mucho tiempo olvidados?»

Apenas oyo Don Pedro
tales palabras, de un salto
quedo en pie; siniestra luz
semejante a la del rayo
escapose de sus ojos;
temblo; su faz se contrajo,
y asi rugiendo exclamio:

- «Basta de farsa bastardo,
si tantas, y tan atroces
traiciones, te he perdonado,
no podrá el mundo decir
que fui contigo tirano;

pero tus negras acciones
 ya mi paciencia agotaron,
 y no hemos de seguir siempre
 yo benigno y tú malvado,
 tú traiciones cometiendo,
 y yo siempre perdonando.

El aragonés vendido
 estás, y lo está tu hermano
 D. Fello, y porque vinieras
 ante tu Rey más honrado,
 y le engañaras mejor,
 á Humilla te entregaron,
 y osado te dirijas
 á rebelar tu Maestrango,
 traición haciendo á tu Rey
 á tu patria y á tu hermano.)
 Calló D. Pedro y sentose;
 calló el Maestre, y callaron
 cuantos la escena miraban
 el desenlace aguardando.
 En medio de aquel silencio
 abrió Don Pedro la mano
 y gnto con voz serena

al Maestre señalando:

-«¡Hola! maceros, prended
al Maestre de Santiago.»

Obedientes los maceros
comieron a sujetarlo,
más como el ligero corso,
por los perros acosado,
todas sus fuerzas reúne
para salvarse de un salto,
así el Infante salto
a los maceros burlando,
que sólo logran seguirle
por corredores y patios
a las voces de D. Pedro
que corre detrás gritando:

«Antes que se escape heridle,
antes que se huya, matadlo.»

Ya un postigo del Alcázar
vi Don Fadrique cercano
por donde salvarse espera
comiendo desesperado,
cuando un macero le alcanza
golpe fatal descargando

Sobre su hermosa cabera,
 y en tierra cayó, anegado
 su cuerpo sin vida ya,
 en el humeante lago
 que su alba capa enrojece
 y enrojece su penacho.

XXV.

La fortuna, D. Fernando,
 tiéneme vuelta la espalda;
 Por donde quiera traidores
 me cercan y me amenazan.
 Rey en Burgos se corona
 el Conde de Castamara,
 Aragón le presta ayuda
 de mis triunfos por venganza.
 Los Infantes me abandonan
 y mi hermano el de Vizcaya,
 y unidos con Don Enrique,
 que Soldados trae de Francia,
 si pueden así llamarse
 esas compañías blancas
 que Anquicón acaudilla

de bandoleros formadas -
 toman villas y ciudades
 y campos roban y talan.
 Cuando a Portugal quido
 el portugués me rechazara,
 y si en Granada confío
 me abandona el de Granada.
 El Pontífice Romano
 me excomulga y me amenaza;
 y muerta Doña María
 hasta el corazon me falta,
 que al morir ella, murió;
 y ya sin fe ni esperanza
 voy rodando a la ventura,
 perdidos valor y calma,
 sin saber por donde voy
 y sin saber lo que haga.
 La corona dióme Dios
 y no puedo abandonarla;
 y aunque sin reino quedase
 moriré siendo monarca.
 Tal dijo el Rey al de Castro,
 y así D. Fernando halla.

-«Partid, Señor, á Bayona,
 donde á esta sazón se halla
 de Inglaterra el heredero,
 que Principe Negro llaman,
 con buenas gentes de guerra,
 y que enemigo es de Francia
 pedidle ayuda y contad
 que no ha de saber negarla;
 y al frente de sus britanos
 y de sus famosas banderas
 dueño seréis de Castilla
 apenas brille su espada
 tan temida en cien combates
 con el puro sol de España.»

-«Lequiere vuestro consejo,
 más con dolor de mi alma
 que cosa es muy triste, donde
 mendigar de gente extraña
 lo que de Dios concediera
 la voluntad soberana.»

-«ante Dios no hay extranjeros
 que á todos hijos nos llaman,
 y tal vez su voluntad,

de los hombres ignorada,
 en quien extraño llamais
 un fiel hermano os depara.»

«Al vez, Conde, la verdad,
 me digais, que Dios lo haga,
 bien pronto estare en Bayona
 y con el Inglés al habla,
 mas oultaroz no puedo
 que lo hare con repugnancia,
 y que nunca tal haria
 si en Castilla me quedaran
 algunos fechos leales
 con que emprender la campana;
 la victoria consiguiendo
 o a lo menos muerte honrada,
 defendiendo entre los mios
 mi corona, vida y patria.»

«En lo que deis, Senor,
 la raxon teneis sobrada,
 y ojala que con mis gentes
 a vuestra justa demanda
 prestar la ayuda fudiese
 que vuestra cõtra reclama;

mas, el intentarlo fuera
 empresa osar temeraria,
 y al morir con mis vasallos
 defendiendo á mi Monarca,
 inútil el sacrificio
 aunque noble resultara,
 buscad mas alto poder,
 que yo en tanto, en mis montañas
 mantendréme siempre fiel,
 por Vos la bandera abrada,
 si cual espero, el de Gales
 por Vos, Señor, se declara,
 combaterán mis gallegos
 junto á las huestes Britanas;
 y con Vos pereceré
 si fallase mi esperanza,
 que mientras vida tengais
 y queda empuñar la lanza,
 Rey al menos heiz de ser
 de lo que pise mi planta.))

- « Nuestra lealtad agradezco,
 no sé si podré premiarla;
 aprestad lo necesario

para mi próxima marcha,
 que no otro día partir
 quiero, pudiendo mañana
 ir en Monterrey, el Conde
 de Castrejón hablara
 con Don Pedro, de León
 y de Castilla Monarca.

XXVI.

Un sol hermoso de Abril
 luce sus primeros rayos
 de dos enemigas huestes
 reflejándose en los cascos,
 y en los trunidos escudos,
 y en los petos acerados;
 marcial estruendo se escucha
 en uno y en otro campo,
 infausto minicio de honores,
 de sangre y muertes presagio,
 y clarines orgullosos
 a ruda lid provocando.
 Claro arroyo entre ambas huestes
 deslízase arrojado,

cuyo merquino raudal,
 que entre guijos va saltando,
 leve obstáculo presenta
 al furor de dos hermanos,
 que por presa, una corona
 disputanse encarnizados.
 En la cabeza del uno
 la pusa de Dios la mano;
 y arrancarla el otro quiere
 de aquella cabeza, osado.
 ¡Djalá el cielo trocara
 aquel riachuelo manso
 en hirviente catarata
 o en anchuroso oceano,
 que con sus potentes olas
 ámbas huestes arrotando,
 de su mortífero choque
 evitase los estragos,
 incontrastable barrera
 con sus espumas formando.
 Mas ay! que á la horrible lucha
 de D. Pedro y del bastardo
 los campeones se aprestan

sus mesnadas ordenando.

Andosa la lid será,
horrendo será el estrago,
que si una facción es fuerte,
es potente el otro bando.

Trime apoyo de D. Pedro
y sus leales vasallos,
muestra su querido porte
fuerte legión de Britanos
curtidos en cien batallas,
por su Príncipe guiados
heredero de Inglaterra,
príncipe negro llamado
por el color de sus armas
y de su altivo penacho,
astro siempre de victoria
siempre temido en el campo.

En favor de Don Enrique
combaten sus dos hermanos:
uno el Señor de Vizcaya
Don Fello, y otro D. Sancho,
y una hueste numerosa
de franceses mercenarios,

que aunque gente maleante
son temidos y esforzados,
y su jefe Duqueschin
por el valor de su brazo.

- « Si sois Rey o no lo sois
aquí va á ponerse en claro,
y el sol de hoy nos lo dirá.
En las gentes del bastardo
hacia nosotros avanzan,
el arroyo atravesando,
a combatir decididas; »

a D. Pedro, dijo Eduardo,

« ¡ A ellos! Buena y San Jorge! »

- « ¡ A ellos! ¡ Castilla y Santiago! »

el poco en terrible choque
ambas huestes se encontraron:
de Duqueschin los franceses,
de Lancaster los Britanos;
la lid comienza de suerte,
que hechas las lanzas pedradas,
con hachas, dagas y espadas
cuerpo á cuerpo pelearon.
De aquel encuentro primero

indecible fué el estrago,
 y los muertos fueron muchos,
 que sobre rojizo lago,
 con que la sangre se mezcla
 de ingleses y castellanos,
 y de Aragon y de Francia,
 cubriendo el suelo quedaron.
 Avicia el combate luego,
 centro y alas avanzando,
 á las voces de San Jorge!
 ; San Dionis! y ; Santiago ;
 y al encontrarse retumban
 con estruendo monte y llano,
 y ámbos campos se escuchan
 igual coraje mostrando.
 Y decisiva la victoria
 se viera por largo espacio,
 mas la huerte que D. Fello
 manda en el izquierdo lado,
 ya por falta de paciencia,
 por traición, ó por espanto,
 cede y huye, y se declara
 Don Enrique derrotado,

que al fin la vida, comiendo
 salva a una de caballo,
 entrándose en Aragón,
 y en la batalla dejando
 a Duquescliu prisionero,
 y a Villena y a D. Sancho,
 y Ayala y los dos Maestres
 de Calatrava y Santiago.

Todos creen decisiva
 la batalla, mas Eduardo,
 al saber que D. Enrique
 preso ni muerto ha quedado,
 a D. Pedro dice así:

- «El valor de nuestros brazos
 nos ha dado la victoria,
 pero nada hemos logrado,
 así la batalla fue
 de Navarrete en el campo,
 a la margen de un arroyo
 que Najenlla es llamado.

XXVII

Por D. Enrique cercado

en Montiel está D. Pedro,
y así dice a el Rey Rodriguez
con fax grave y firme acento;

- «Fornime el doctro la suerte,
su favor niegarme el cielo,
que mi corona vacila
y que mis estados pierdo
bien conosco, y la traición
cernirse sobre mi oiento,
mas moriré como Rey,
que yo a la muerte no temo,
y mas que vivir sin honra
morir honrado prefiero.

El breton segun me dices
a ayudarme está dispuesto,
pero yo ni en sus promesas
ni aun en tus palabras creo,
mas los muros de Montiel
a mi valor son estrechos,
y encerrado cual las fieras
perder la vida no quiero,
quando la ocañ nos llame
de la plaza partiremos;

y si a traición me dáis muerte,
 el deshonor será vuestro,
 y la gloria será mía
 de no haber mostrado miedo.»

-«Admiración no me causa
 si desconfiados os veo,
 que infortunio y esperanzas
 no suelen ser compañeros;
 mas aflíjeme Señor,
 que de mí tengáis recelo.»

-«Si donde busco leales
 solo traidores encuentro,
 y si ese mi sino ha sido
 quando de Castilla dueño
 podía otorgar mercedes,
 ¿quién será perdido el reino?
 Ni en tí, ni en nadie confío;
 y en ese caudillo menos
 de bandidos mercenarios,
 enemigo y extranjero,
 mas ya mi suerte está echada,
 y ansioso aguardo el momento
 de ver lucir esa luz

aviso de que marchemos,
 que signo de libertad
 dices será, mas yo espero
 que señal será de muerte
 que preparan á D. Pedro,
 ¡monse! pero jamás
 lograrán tenerme preso.))
 «¿tem ha de tardar, Señor,
 la luz en el campamento,
 todo está ya prevenido
 para que partamos luego,
 ensillados los corceles
 y los criados dispuestos;
 puede en tanto Vuestra Alteza
 reposar unos momentos,
 que á un molesto caminar
 es bien que preceda el sueño,
 y yo del campo enemigo
 sin quitar la vista quedo.))
 «Reposar!; dormir! ¿Sanabria
 lo que me dices no entiendo?
 ¿Crees que dormir podré
 ante el problema tremendo

que me aguarda. ¡vive Dios!
 si lo piensas eres necio.
 Reposar! cuando en mi mente
 se revuelven y en mi pecho,
 sentimientos tan discordes,
 y tan amargos recuerdos!
 D.ª Blanca, que bandera
 fué de los nobles revoltos,
 y cuya muerte achacaron
 á mis envidias luego,
 sin meditar, que su vida
 siempre miré con respeto
 cuando ella piábulo daba
 de las traiciones al fuego,
 y que nunca fué mi esposa,
 ni estorbó mi casamiento
 con Maria de Padilla,
 anterior, aunque secreto,
 claro en Sevilla lo puse
 ante las Cortes del reino,
 y lo que hice entonces, pude
 en vida de ámbas hacerlo,
 y que si Maria no fuera

ya mi esposa, habiendo muerto
 Blanca antes, con la Padilla
 mis bodas hubiera hecho,
 mas como buccar varones
 en quienes solo el intento
 de ennegrecer mi memoria
 y de ofendeme tuvieron.
 Y el Maestre y Coronel
 y Garcilaso y Don Felto,
 y mi madre y Alburquerque
 y todos en fin, Don Alendo,
 y los Infantes mis primos
 y Doña Leonor con ellos,
 y Portugal y Braxada
 y Aragón y hasta el infierno,
 en mi contra conjurados
 siempre viles me vendieron,
 y ese bastardo maldito
 que hoy me tiene en tal aprieto,
 á quien tanto perdone
 cuando no debiera hacerlo.
 y Duqueschin, y tu mismo,
 que en todas la traición veis,

todas luchasteis á una
 contra el valor de D. Pedro,
 á quien tal vez vencereis;
 pero que solo desprecio
 ante los traidores siente
 en su valeroso pecho.

¿A la luz apareció?
 ¿vesla Sanabria? marchemos;
 decidido á morir voy,
 me engañaré si no muero.))

¿Tal dijera á Men Rodríguez
 el Rey Don Pedro primero,
 en sus bridones montaron,
 y á paso largo partieron
 por la señal dirigidos,
 que los guía al campamento,
 donde Duguesshi los llama
 en salvación ofreciendo.
 Mas ¡ay! mentido no fue
 del Rey el presentimiento,
 que en conocer las traiciones
 su corazon era experto,
 y allí la muerte encontró

como valiente muriendo,
no sin defender su vida,
peleando cuerpo a cuerpo
contra un fratricida bardo
y un infame aventurero,
que si noble sangre tuvo
sus hechos lo desmintieron.

Fin.

Siglo XIX, anónimo

